

Fernando Betancourt Martínez

Historia y lenguaje.

El dispositivo analítico de Michel Foucault

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto Nacional de Antropología e Historia

2006

152 p.

ISBN 968-36-9919-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de diciembre 2014

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/lenguaje/foucault.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

UNA ANALÍTICA DE LAS PRÁCTICAS DISCURSIVAS

Retomando la noción de historia de los sistemas de pensamiento puede verse que, en esta primera parte del trabajo de Foucault, es decir, la arqueología, la dispersión se convierte en una estrategia, en un mecanismo descriptivo y general de las prácticas discursivas que son el soporte material del saber. Esta estrategia permite establecer “la correlación en una cultura determinada, entre dominios de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad”,¹ y éste, que sería el gran esquema general de la acometida foucaultiana, se encuentra ya presente en sus análisis arqueológicos, aunque es reconocida la preeminencia del primer elemento, es decir, los dominios del saber en términos de prácticas discursivas. La arqueología, como procedimiento de análisis, se desplaza por el territorio de ciertas formaciones culturales asumiendo, de entrada, la necesidad de rechazar el tipo de categorías puras de examen, pues éstas se sostienen en una postura que dictamina que el estudio de esos fenómenos sólo puede realizarse a partir de un sistema conceptual cerrado, sistema que es el que permite captar la realidad de una manera definitiva.

Es frente a este rechazo que se dibuja otro proceder, la dispersión, que obliga a trabajar siempre bajo la forma de un ensayo para el cual las herramientas metódicas sólo pueden tener una validez limitada; estas herramientas son puestas a prueba de manera continua, en un ejercicio permanente que toma el diseño de tentativas, de intentos que no tienen como objetivo arribar a una determinación definitiva. Es por eso que pueden ser desechadas o reutilizadas en otro nivel y con otros contenidos que, de todos modos, nunca podrán tener un estatuto definitivo. Aquí, de nueva cuenta, se deja entrever esa doble dimensión del trabajo foucaultiano, el reflexivo-filosófico y el histórico, en el sentido de que la forma del ensayo, como disposición asumida a partir de la estrategia de la dispersión, es también forma general del trabajo filosófico: a este quehacer se le puede entender hoy como “prueba modificadora de sí misma en el juego de la verdad y no como apropiación simplificadora del otro con fines de comunicación; es el cuer-

¹ Michel Foucault, *El uso de los placeres*, p. 8.

po vivo de la filosofía” en tanto permite “un ejercicio de sí, en el pensamiento”.²

Por ello no es posible encontrar en los textos de Foucault los perfiles básicos de una teoría, en este caso, de una teoría del discurso, pues desde el inicio la forma de este esfuerzo nulifica tal posibilidad. El concepto de teoría implica la construcción de una especie de edificio formal que debe, en rigor, aislarse de tal manera que pueda ser trasladado a otros proyectos de análisis distintos, sin que su capacidad explicativa quede mermada. Se le atribuye, por tanto, el objetivo de construir un modelo abstracto que sea aplicable a un número indefinido de descripciones empíricas. Entonces, más que una teoría, los textos arqueológicos de Foucault proponen sólo una vía metódica para abordar el trabajo de análisis, una analítica que explicita sus propios presupuestos y está delineada en un esquema de indagación específico. En *La arqueología del saber* se ha querido ver las líneas maestras de un método ya estructurado y probado; sin embargo, lo que ahí puede encontrarse es una reformulación de nociones que, más que dar cuenta de la forma en que abordó sus trabajos anteriores, señala la urgencia de determinar cuestiones futuras a partir de autocríticas, desplazamientos, variaciones y nuevas delimitaciones posibles. Es un intento de reescritura, de una actualización, realizada por el mismo Foucault, en tanto puede entenderse como actualización la “reinserción de un discurso en un dominio de generalización, de aplicación o de transformación nuevo para él”;³ es, entonces, una relectura de sus trabajos que tiene como fin el señalar caminos viables por los cuales discurrir.

a cada momento, toma perspectiva, establece sus medidas de una parte y de otra, se adelanta a tientas hacia sus límites, se da un golpe contra lo que no quiere decir, abre fosos para definir su propio camino. A cada momento denuncia la confusión posible. Declina su identidad, no sin decir previamente: no soy esto ni aquello. No es crítico, la mayor parte del tiempo; no es por decir por lo que afirma que todo el mundo se ha equivocado a izquierda y derecha. Es definir un emplazamiento singular por la exterioridad de sus vecindades; es —más que querer reducir a los demás al silencio, pretendiendo que sus palabras son vanas— tratar de definir ese espacio blanco desde el que hablo, y que toma forma lentamente en un discurso que siento tan precario, tan incierto aún.⁴

² *Ibidem*, p. 12.

³ Michel Foucault, “¿Qué es un autor?”, p. 70.

⁴ Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 28.

Definir un emplazamiento bajo el desasosiego, sometido a una incertidumbre de la cual no se quiere ni se puede evadir, es la delimitación ya no de una técnica intelectual, sino de toda una actitud que nos instala en la dimensión exacta de la agitación. Hay aquí la forma de un pensamiento nómada que nunca se deja penetrar del todo, que no permite el dominio de un lugar fijo, que promueve sin cesar el cumplimiento de una escapatoria, de una huida respecto de cualquier disposición totalizante y dictatorial, pues todo lugar desde donde se habla es frágil. Foucault delimita temáticas y establece formas de abordarlas como si señalara puntos en un mapa (función de cartógrafo de la que gusta Deleuze, pero que aquí la realiza el archivista), puntos que son más bien intersticios en tanto que localizan un cruce producido en una red, un momento casi fugaz de convergencia, un campo de encuentro establecido a partir de una co-incidencia que deja aparecer su condición inmanente de fragilidad, pues inaugura al momento una dispersión de líneas de fuga. La misma noción de episteme, tan aclamada por unos, tan criticada por otros, no se refiere a la conjunción de un concepto y de un sustrato subyacente que actúa como referente, conjunción que es nombrada por la lucidez del teórico; antes al contrario, reclama para sí el espacio de una dispersión, establece la dimensión de un campo sin duda indefinidamente abierto y sometido al juego de relaciones que, sin embargo, es susceptible de descripción que, en todo caso, el análisis no puede nunca agotar. “La episteme no es un estadio general de la razón, es una relación compleja de desniveles sucesivos.”⁵

Esta actitud denota, en su fragilidad asumida, una posición en torno al papel de los intelectuales que, acercándose a lo que Vattimo llama concepción débil del ser,⁶ replantea las condiciones necesarias para una perspectiva que ya no parta, necesariamente, de la relación tradicional entre teoría y práctica. Si el intelectual deja en la oscuridad del pasado aquel papel que le asignaba la tarea de mostrar, en la luminosidad de su razón, las resoluciones finales para un hacer, es porque ahora la imagen narcisista de prestigio y poder se ha diluido, se ha evaporado. El intelectual no es ya aquel sujeto que descubre la verdad a los otros mortales a partir de su trabajo señalándoles con ello el camino seguro que deben transitar. Su verdad no es ya más la Verdad, incluso es dudoso que sean ellos los que trabajen en o sobre la verdad en términos del descubrimiento de una unicidad; lo uno se difumina

⁵ Michel Foucault, “La función política del intelectual. Respuesta a una cuestión”, en *Saber y verdad*, p. 51.

⁶ Cfr. Gianni Vattimo, *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*.

en lo múltiple y en lo fragmentario de tal manera que toda teoría, si se intenta mantener tal noción, y toda práctica, sólo pueden ser locales y relativas, es decir, no totalizadoras, no totalizantes.⁷ Así, la dispersión es a un mismo tiempo técnica intelectual y actitud que se deja desbordar, elementos ambos que me parece constituyen el motor que animó los estudios de Foucault sobre la cuestión de la subjetividad y la eticidad y que notifican su presencia ya en el llamado “periodo arqueológico”; pero, además, en esta imbricación entre una técnica intelectual y una actitud se localiza toda una evocación de tipo nietzscheana. En los escritos de Nietzsche es posible encontrar la fuente de esta imbricación a partir de una situación de transvaloración, o trastocamiento, a la que nos emplaza. Asumir la vida con todas sus consecuencias supone instalarse en la diversidad misma, contemplación gozosa y trágica a la vez de los múltiples horizontes que nos envuelven y que requiere llevar a cabo un combate contra todo aquello que la niega, contra todas aquellas fuerzas depresivas que la anulan.

La vida impone un punto de vista que de ninguna manera puede ser justificado a partir del conocimiento objetivista. Al calor de este combate la transvaloración mide sus posibilidades y éstas no pueden ser otras que la interpretación y la valoración, dos dimensiones que conforman una aspiración de trastocamiento. Interpretación y valoración, es decir, técnica intelectual y actitud, son dos niveles que se unen para alcanzar un propósito: localizar la emergencia y la procedencia de los valores que nos constituyen desde una voluntad crítica que reconoce que ella misma es valoración. Técnica intelectual que se realiza como interpretación rigurosa y que se pregunta por la emergencia de los valores; actitud como cuestionamiento lanzado a partir de interrogarse por el valor de esos valores.⁸ Desde la transvaloración se plantea la necesidad de delimitar una actitud afirmativa frente a la vida que, ante todo, debe asumirse de manera pluralista, afincada en la diversidad, reconocida en el carácter irreductible de la vida misma. La vida, entonces, como creación, como subversión de un presente, se convierte en el marco de una apertura que nos invita a realizar una apuesta sobre el futuro, el nuestro; es así que ética y estética se unen en la puesta en marcha de un trastocamiento que adquiere la forma de un excavar continuo, de una horadación producida en el suelo de nuestras seguridades y

⁷ Cfr. “Los intelectuales y el poder. Entrevista a Michel Foucault-Gilles Deleuze”, en *Microfísica del poder*, p. 77-86.

⁸ Cfr. Rosario García del Pozo y Francisco Vázquez, *Perspectivas de Foucault*, p. 97-101.

es ésta la situación en la que estamos implicados nosotros, seres del mundo de la modernidad y de la contingencia.⁹

Ahora bien, el problema del saber, en la propuesta foucaultiana, sólo puede abordarse desde la perspectiva de los discursos, de aquellos discursos serios, alejados del habla cotidiana y que por lo tanto tienen un gradiente de formalización, aunque presentan problemas para alojarse en un ámbito inequívoco de cientificidad. La noción de saber no es análoga a la de ciencia; en el trabajo de Foucault, antes al contrario, la primera adopta tal amplitud al retomar discursos diversos no propiamente científicos, como en el caso de *Historia de la locura* en donde toma en cuenta discursos literarios, decretos, formulaciones filosóficas, disposiciones jurídicas, etcétera. Independientemente de esto, esos discursos serios, que no ciencias, conforman la base de sus estudios arqueológicos.

Señalo, entonces, una primera delimitación que muestra que el trabajo de análisis no tiene la consistencia de un análisis o teoría del discurso. El trabajo arqueológico se define a partir de las prácticas discursivas tomando a éstas como un universo de relaciones, pero estas relaciones no las encuentra hacia el interior del discurso, en una suerte de interioridad tal que permita plantear las condiciones formales de su construcción; tampoco se localizan en su exterior, en una referencia inagotable a una realidad que las explique; estas relaciones se ubican en el límite mismo del discurso. La propuesta consiste en mantenerse al nivel de los discursos mismos sin buscar sus leyes de construcción, por un lado, y sin localizar en ellos fenómenos vertebrados de expresión, por otro. Se trata de atenerse a sus condiciones de existencia, de establecer el campo de condiciones en el que se produce su dispersión, su emergencia y sus transformaciones. Entonces, más que un análisis del discurso, se postula un estudio de las prácticas discursivas como “monumento”, investigación centrada en una materialidad que es preciso “describir en su disposición propia”, sin tener que atenerse a los estudios estructuralistas¹⁰ que pretenden localizar sus leyes de construc-

⁹ “Nietzsche plantea que la gran liberación tendrá lugar cuando ya no se haga responsable a nadie, pero exige lanzarse a la multiplicidad, descender a los infiernos, para desde ahí volver a elevarse. El espíritu del pluralismo afirma la coincidencia entre lo múltiple y lo trágico. Dionisio afirma lo múltiple, danzando se sumerge en el devenir y transmuta lo pesado en ligero: existe una relación fundamental entre la alegría y lo múltiple [...] Con Nietzsche se transmuta la vida en un fenómeno de juego, hace valer la apariencia y la sensación y no busca esencias o culpables. Sólo vale la estética que hace triunfar la apariencia.” María García Torres, “El sujeto se disfraza”, en *Crítica del sujeto*, p. 94-95.

¹⁰ Para un análisis de las relaciones y divergencias entre la arqueología y el estructuralismo, *cf.* Rosario García del Pozo, *Michel Foucault: un arqueólogo del humanismo*; Mauricio Jalón, *El laboratorio de Foucault*; Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*; Dominique Lecourt, *Para una crítica de la epistemología*; Ángel Gabilondo, *El discurso en acción*.

ción, cuando de lo que se trata es de aislar “sus condiciones de existencia”; sin retomar, al mismo tiempo, al sujeto que lo ha producido, pues esta referencia anula la posibilidad de determinar “el campo práctico” en el cual se despliegan.¹¹ Estas dos precauciones, mantener en un nivel de indiferencia las reglas formales de constitución del discurso y alejar el tema del sujeto productor, aluden a la cuestión de la unidad discursiva.

¿De qué unidad se trata? Por supuesto no puede ser aquella que responde “a la lejana presencia del origen”,¹² de tal manera que se duda de las nociones de tradición, influencia, mentalidad. Tampoco pueden aceptarse los agrupamientos fáciles como los de literatura, política, religión, etcétera, ni mucho menos aquellos que tienen al autor, a la obra o al libro, como elementos de una centralidad organizadora y total. Al respecto Foucault señala cuatro hipótesis que le permitirían abordar este problema desde otra perspectiva:

- a) Definir un conjunto discursivo, más bien, un conjunto de enunciados, supone reconocer su sistema de dispersión, “captar todos los intersticios que los separan, medir las distancias que reinan entre ellos; en otros términos: formular su ley de repartición”.
- b) Lo que se busca describir, por tanto, es la forma en la que se da la coexistencia de esos enunciados sometidos a la dispersión; se trata de localizar el sistema que determina su repartición, “el apoyo de los unos sobre los otros, la manera en que se implican o se excluyen, la transformación que sufren, el juego de su relevo, de su disposición y de su reemplazo”.
- c) Esta ley de repartición y el sistema que la recrea no requieren ya determinar una arquitectura estable, una unidad a partir de un conjunto de conceptos tan generales y abstractos que soporten a todos los demás, de tal manera que lo que se debe probar es precisamente el análisis en el “juego de su aparición y de su dispersión”.
- d) En relación a la identidad y persistencia de los temas, por ejemplo, el tema del evolucionismo en el siglo XIX, se trata de postular, al contrario, la necesidad de establecer el “campo de posibilidades estratégicas” que se genera a partir de la “dispersión de los puntos de elección”, lo que promueve que tal identidad y persistencia temática desaparezcan como elementos unitarios.¹³

¹¹ Michel Foucault, “La función política del intelectual. Respuesta a una cuestión”, en *Saber y verdad*, p. 59.

¹² Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 41.

¹³ *Ibidem*, p. 56-60.

Tres nociones claves se desprenden de estas hipótesis que, hay que hacer notar, no tienen, necesariamente, un carácter retrospectivo o explicativo con respecto a la forma en que Foucault abordó el análisis de las prácticas discursivas en los trabajos anteriores a *La arqueología del saber*, pues aquí lo que se intenta es delimitar un territorio que pensaba seguir con posterioridad. Estas nociones son la de enunciado, la de formación discursiva y la de acontecimiento. Las hipótesis señaladas pueden resumirse en el término formación discursiva en tanto que ésta describe ya no una unidad presumible, sino una regularidad que se localiza en la forma misma en la que el enunciado se dispersa, regularidad de la que se pueden extraer reglas de formación y condiciones de existencia de los enunciados en tanto elementos de una repartición. Es así que la regularidad, como esquema de dispersión de los enunciados, tiene que ver con la formación de los objetos, con las modalidades de enunciación, con los conceptos y elecciones temáticas, es decir, con el campo estratégico. En relación a las condiciones de existencia, el análisis debe describir la forma en que coexisten los enunciados, las maneras de su conservación, los ritmos de sus transformaciones y su eventual desaparición.¹⁴ El enunciado, como puede apreciarse, es tomado como elemento básico del discurso sin igualarlo a la frase, a la proposición o al acto de habla. No se encuentra del lado de los agrupamientos unitarios de signos pues es lo que los hace posibles. De tal manera que el enunciado es más una función:

- a) de tipo referencial, pero no en cuanto a que a partir de él se localice la relación clásica entre el significado y el significante; determina, al contrario, las posibilidades de aparición, de delimitación y de diferenciación “de los individuos o de los objetos, de los estados de cosas y de las relaciones puestas en juego por el enunciado mismo”.
- b) respecto al sujeto, en el sentido de que determina cuál es la posición que puede ocupar un individuo para ser sujeto.
- c) que sólo puede cumplirse en relación a un campo o dominio adyacente de carácter enunciativo; es esta función la que determina la forma de su coexistencia, sucesión y ordenación.
- d) que se inscribe en el marco de un régimen de materialidad que pertenece menos a una localización espacio-temporal, que al orden de la institución: “define posibilidades de reinscripción y de transcripción [...] más que individualidades limitadas y precederas”.¹⁵

¹⁴ *Ibidem*, p. 62-63.

¹⁵ *Ibidem*, p. 152-173.

Es entonces que el enunciado se define por sus modalidades de existencia, por la relación que guarda con un conjunto de objetos, por la determinación de las posiciones del sujeto, por estar inmerso en una coexistencia con otros enunciados y por tener una materialidad repetible. Estos elementos permiten, a su vez, definir el discurso: éste se constituye a partir de un universo de enunciados en tanto que éstos responden a modalidades particulares de existencia.¹⁶ De tal manera que el discurso es rebasado de forma vertical y horizontal; vertical por las modalidades del enunciado, horizontal, por la forma en la que se articula una formación discursiva. En suma, la arqueología pretende tratar a los enunciados en la forma en la que se presenta su dispersión y para ello quiere analizarlos en su exterioridad, exterioridad que es, ante todo, distancia a partir de la cual encontrar los modos en que se reparten, el espacio que muestra su despliegue.

Este breve rodeo por ciertos rincones del análisis arqueológico muestra que éste, como procedimiento analítico, en ningún modo proyecta un tipo particular de teoría del discurso; es ante todo un análisis histórico de las prácticas discursivas. Cuando Foucault se pregunta por qué ha aparecido ese enunciado y no otro cualquiera en su lugar, señala la cuestión de su emergencia, de su irrupción histórica; en otras palabras, señala la necesidad de “restituir al enunciado su singularidad de acontecimiento”¹⁷ y ésta es la segunda gran delimitación.

La noción de acontecimiento parece tener una importancia crucial para Foucault, no sólo en la arqueología sino también en los últimos volúmenes de su *Historia de la sexualidad*, donde recurre a las problematizaciones de tal manera que resultan conceptos análogos. Estudiar la locura y la enfermedad, la vida, el lenguaje y el trabajo, en términos de problematizaciones, consiste en relacionar estos acontecimientos en un campo regular de prácticas en el que emergen, adquieren ciertos rasgos funcionales, se mantienen o se ven inmersos en procesos discontinuos, se articulan de cierta manera a otros campos de prácticas institucionales, políticas, sociales. “La descripción arqueológica del análisis permite analizar las formas mismas de la problematización; su dimensión genealógica, su formación a partir de las prácticas y de sus modificaciones.”¹⁸ La descripción arqueológica y la explicación genealógica se implican una a la otra, a tal grado que no son dos dimensiones cuyas fronteras respondan a la lógica de una secuencia, primero una y después la otra; no respon-

¹⁶ *Ibidem*, p. 180-181.

¹⁷ *Ibidem*, p. 45.

¹⁸ Michel Foucault, *El uso de los placeres*, p. 14-15.

den tampoco al recorrido de una evolución, de tal suerte que el paso de la arqueología a la genealogía se deba a la superación de un método que ha demostrado sus inconvenientes y su sustitución por otro método más eficaz; las dos se conjugan en el juego de las nociones de práctica y de acontecimiento.

Ahora bien, el acontecimiento no señala la unidad de una sustancia que permanece invariable en la medida en que es un efecto producido por el cruce de prácticas determinadas. De tal manera que el acontecimiento pertenece, más bien, al orden de la relación, “no al orden de los cuerpos”, y sin embargo no es inmaterial; es efecto que responde a la convergencia de series discontinuas que se producen a partir de una “dispersión material”.¹⁹ El acontecimiento supone dos niveles diferenciados que permiten su descripción y análisis: rareza y regularidad. Primero, el acontecimiento-enunciado es inseparable de una condición de rareza en tanto que es espacio en el que se distribuyen según un principio de déficit; déficit en el sentido de que existe el reconocimiento de que “jamás se ha dicho todo”.²⁰ Es entonces el indicador de la singularidad del acontecimiento; muestra su carácter infrecuente: demarcación del lugar que ocupa un enunciado y que sólo a él pertenece. Es un espacio vacío que designa su índice de arbitrariedad y su presencia azarosa. De tal manera que la rareza traza sus límites y su localización pero no como una figura aislada y solitaria, sino en el proceso de una disgregación de series heterogéneas. Que la palabra locura, en un momento determinado de su historia, se haya articulado en un discurso médico como patología, como enfermedad mental, constituye un acontecimiento raro. Que la medicina clínica haya promovido la confluencia de una mirada en profundidad y un discurso que toma al individuo como cuerpo enfermo, es un acontecimiento raro. Que en la formación de las ciencias humanas éstas hayan tenido que elaborar un concepto de hombre, a partir de las condiciones de su propia finitud, para convertirlo en sujeto total y objeto total de su propio conocimiento, responde a la conjugación de eventos que son raros. Acontecimientos raros quiere decir no invariables y arbitrarios; no invariables en tanto que responden a una historicidad en profundidad, pues locura, enfermedad y hombre no se resumen en una condición primaria localizada como esencia, como naturaleza intrínseca intocable que pueda escapar a la historia y que siempre haya existido; arbitrarios en tanto que no responden a una necesidad, a una cadena lógica de inferencias, a una serie calculada de causalidades;

¹⁹ Michel Foucault, *El orden del discurso*, p. 45-46.

²⁰ Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 201.

no son, por tanto, la coronación o el cumplimiento de un destino ni el resultado del despliegue de una teleología.

Segundo, el acontecimiento-enunciado es trazado en una regularidad, en una trama de relaciones que circunscriben los límites de su aparición y de su funcionamiento. La regularidad es “el campo de condiciones en el que se localizan los acontecimientos efectivamente producidos”;²¹ es, por tanto, el régimen en el que se inscribe su funcionamiento, régimen que dibuja el campo histórico de condiciones de existencia del evento y lo sitúa como diferencia en una trama de prácticas adyacentes. Así, este análisis histórico de las prácticas discursivas que se constituye al dotar al enunciado de una dimensión de acontecimiento es precisamente histórico porque hace estallar la identidad del evento: su determinación responde a la forma que en cada momento tenga ese cúmulo de relaciones manteniendo siempre la dispersión que le es propia. La noción de archivo pretende definir el modo regular de existencia de esta disposición en un momento histórico determinado.

No tiene el peso de la tradición, ni constituye la biblioteca sin tiempo ni lugar de todas las bibliotecas; pero tampoco es el olvido acogedor que abre a toda palabra nueva el campo de ejercicio de su libertad; entre la tradición y el olvido hace aparecer las reglas de una práctica que permite a la vez a los enunciados subsistir y modificarse regularmente. Es el sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados.²²

Foucault propone un estudio del acontecimiento sin referencia a un sujeto fundador para tratarlo en su inmanencia, es decir, situarlo fuera del orden de la conciencia y proyectarlo en su propia configuración entrelazada a un campo histórico. De tal suerte que los acontecimientos discursivos se describen en una exterioridad inconsciente: los seres humanos ignoran las condiciones que determinan esas prácticas. En todo caso, este inconsciente no significa una profundidad subyacente o un impensado que habría que descifrar, pues no corresponde a una estructura atemporal, “se trata siempre de rarezas locales en metamorfosis”.²³ El estudio de las prácticas discursivas es legítimo en sí mismo, pues no deviene historia del referente, de las cosas o de los objetos nombrados, ni como un reflejo de algo que las constituye desde lejos: el sujeto omnipresente. Hasta aquí el análisis se ha centrado en el ámbito discursivo, las prácticas discursivas, y ha establecido un

²¹ Rosario García del Pozo y Francisco Vázquez, *op. cit.*, p. 63.

²² Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 221.

²³ Rosario García del Pozo y Francisco Vázquez, *op. cit.*, p. 77.

nivel descriptivo, el enunciado-acontecimiento, bajo la forma de una historia; pero ¿de qué historia se trata?

Tercera delimitación, la empresa foucaultiana se presenta como una “historia de la verdad”; no es historia de los comportamientos, no es historia de las ideas ni de las sociedades o de las ideologías, ni siquiera es una versión particular de una historia de las ciencias que termine midiendo su nivel de cientificidad en términos de progreso continuo. Es un tipo de historia en tanto “análisis de los juegos de verdad, de los juegos de falso y verdadero a través de los cuales el ser se constituye históricamente como experiencia, es decir, como poderse y deberse ser pensados”.²⁴ Dicho de otra manera, es historia porque retoma las problematizaciones a partir de las cuales el ser humano se ofrece como algo que debe ser pensado; es historia porque alude a las prácticas a partir de las cuales se establecen los espacios mismos de las problematizaciones; finalmente, es historia porque la pregunta básica que se formula es aquella que interroga sobre la emergencia del hombre moderno en tanto que es pensado, es decir, en tanto que el hombre pasa a ser sujeto y objeto de conocimiento en una disposición epistémica situada bajo coordenadas temporales precisas.

En el establecimiento del concepto moderno de locura, de enfermedad, de ser vivo, hablante y trabajador, hay procesos de objetivación que conducen a desplazar al ser humano como espacio de deliberación de un saber y, al mismo tiempo, se crean las condiciones para que surja un sujeto de conocimiento. Historia de la verdad, historia de los procesos de objetivación y subjetivación de los seres humanos; historia en la que existe una evidente primacía del concepto de práctica para la que no hay esencia social alguna, para la que es necesario eliminar todo presupuesto teleológico. Entonces el problema del saber sólo puede tener sentido en tanto que es historia de estos procesos y de estas prácticas: no se busca la verdad de la historia sino que se quiere construir las historias de nuestras verdades. No puede ser historia del progreso, del paso de un saber pre-científico a un saber coronado por un nuevo estatus despejado ya de inercias, pues lo que esta historia notifica es que al convertirse en sujeto y objeto de un saber el ser humano tiene que pagar un precio muy alto: el hombre deja de ser medio de conocimiento produciéndose, con ello, un proceso de “desposesión”. “Es decir: que es sobre la negatividad del hombre concreto expropiado por el saber que surge el hombre moderno”, ese hombre que conoce al precio de no poder reconocerse.²⁵

²⁴ Michel Foucault, *El uso de los placeres*, p. 10.

²⁵ Miguel Morey, *Lectura de Foucault*, p. 113.

